Todo el mundo quiere ser Happy

LANA SOKOLAJ

Ilustraciones de
Yulissa Barrientos



mr.momo
juvenil

Todo el mundo quiere ser *Happy*

Primera edición: 2025

ISBN: 9788410372245
ISBN e-book: 9788410372597

© del texto:
Lana Sokolaj

© de las ilustraciones:
Yulissa Barrientos

© de esta edición:
2025, mr.momo

© maquetación y diseño:
Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)



Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

A Happy, quien transformó mi vida por completo, me enseñó el amor más puro y a ser una persona responsable.

A Blue,
el hermano pequeño de Happy, un huracán maravilloso; a Sunny, la rubia más bella que he visto jamás.

A Lassie, el primer cuadrúpedo del que me enamoré.

A mi hermana, Chris,
mi alma gemela.

Un puzle por completar

—¿Puedo coger un bombón?

La pequeña mano se dirige hacia el platillo redondo de cristal cuando el hombre al otro lado del escritorio asiente con la cabeza.

Es el profesor Jesús Alberto Sánchez Navarro, psicólogo experto en conductas problemáticas en niños y adolescentes. La manita pertenece a su paciente, Lea López Gaiani, una niña de doce años que los cumplió hace una semana. Tiene la mano sudorosa, las uñas casi descuidadas, las mejillas enrojecidas, la piel blanquecina que contrasta con el pelo lacio y oscuro que le llega hasta los hombros, los ojos de un marrón intenso, los labios apretados como si no quisiera hablar más que para pedir un chocolate. El profesor Jesús Alberto siempre tiene bombones en su platito y siempre son los mismos: Ferrero Rocher. Ese papel rugoso y dorado atrae

a Lea —y a su estómago— cada vez que está en el despacho del psicólogo.

Mientras desempaqueta la golosina, la niña piensa en el pelo del profesor. Su cabello es espeso, y piensa en su padre, Pedro, que no tiene. Hasta que un día llegó a casa con la cabeza llena de sangre. Lea había llorado creyendo que alguien le había hecho daño a su papá. Pero su madre la calmó: gracias a esos agujeros, a papá le crecería pelo en la cabeza en menos de un año.

Y así fue. Papá ya tenía mucho pelo en verano, aunque no tanto como el del profesor Jesús Alberto.

—Hace mucho que no te veo, Lea. —Cruza las manos y se inclina hacia delante para ver mejor a la chica. El profesor es un hombre de unos cuarenta años, cara amable y ojos alegres—. ¿Cómo han ido estos meses? —Al no recibir respuesta, el hombre continúa—. ¿Te lo pasaste bien en las Fallas? Este año los premios han estado muy disputados. Si no recuerdo mal, perteneces al sector Camins del Grau, ¿no?

—No me gustan las Fallas —interviene la niña, encogiéndose de hombros tranquilamente.

—Demasiados petardos, supongo. —El profesor se reclina en su silla—. Si quieres otro chocolate, sírvete. No te cortes.

—Tengo otros problemas, Sr. Ric… Sr. Navarro. —Hay mucha tristeza en sus ojos. Para romper el silencio, saca un bloc de papeles de la mochila que descansa en la silla vacía a su lado.

—¿Es para mí? —El profesor se asombra y se adelanta para coger el bloc.

Lea asiente con la cabeza.

—Yo… escribí lo que sentía y luego la tía Chris me ayudó a ordenar las palabras. Ella dice que ordenó mis pensamientos. Pero yo sé que lo corrigió en *Word*. Todo el diario está escrito en *Word*.

—Parece un libro. —El profesor se asombra mientras recorre las decenas de páginas.

—Hice lo que me dijo. Escribir lo que siento.

—Hiciste mucho más que eso. —El hombre se pone unas gafas redondas—. Escribiste… —Deja de leer y se ríe más para sus adentros—. Estoy gratamente sorprendido, Lea. Has hecho algo que hasta ahora ninguno de mis pacientes se había planteado hacer. A menudo recomiendo escribir los pensamientos en papel, ya sea a mano o con el ordenador, pero ¿esto? Lo que has hecho es de obligada lectura porque has escrito todo tu mundo y puedo imaginar tu dolor. Y la alegría, por supuesto.

—¿Puedo irme a casa? —pregunta esperanzada con los ojos convertidos en dos pequeñas rendijas.

—A tu familia no le gustaría que perdiéramos el tiempo, así que haremos esto. Tu tía te recogerá sobre las once y cuarto porque está ocupada. Pero mientras tanto, en la otra habitación, puedes ayudar a la señorita Pilar a completar el puzle de *Avatar*. Se le da fatal montar puzles, ya lo sabes. Y quiero colgarlo en la pared.

Lea está de acuerdo con una actitud neutral. No le gusta, pero tampoco le importa.

—Y leeré tu diario.

Lea se levanta enderezando su arrugado traje. Su mirada se posa en la placa dorada con el nombre del profesor a la izquierda del escritorio. Lea traga saliva y se dirige a la otra habitación que comunica con el despacho del psicólogo.

Pilar es una mujer de tercera edad con gruesas gafas que siempre está esperando a los niños con una enorme sonrisa y los brazos abiertos. Las piezas del rompecabezas están a la espera de traducir el desorden en una figura con sentido.

—Oh, querida Lea. Menos mal que has venido. Tengo un rompecabezas aquí para completar. Estoy tratando de juntar estas piezas…

Lea le quita de las manos algunas piezas del puzle casi bruscamente y, con el ceño fruncido y sin mirar más a la Sra. Pilar, empieza a estudiar el puzle de su caja. La imagen que tiene que construir es una escena de la famosa película *Avatar: El sentido del agua*, en la que uno de los hijos de Jake Sully se encuentra con el tulkun, una criatura parecida a una ballena que puede superar los noventa metros de longitud y con unos dones excepcionales.

Los ojos de la secretaria se llenan de ternura al ver a la niña buscar las piezas para iniciar una danza entre el hombre y el animal fantástico sobre trozos de cartón para construir una escena de unión.

Estaré siempre contigo

Me llamo Lea y estoy escribiendo una especie de diario. Quiero decir que es un diario, pero puede que no lo sea. Tía Chris dice que es más un libro que un diario porque lo estoy escribiendo después de algunos acontecimientos que cambiaron mi vida para siempre. Sé que suena raro: ahora tengo doce años y estoy escribiendo un diario-libro sobre lo que me pasó cuando tenía diez. Y lo segundo, que es muy extraño, es que una chica tan joven escriba un libro. Una niña de mi edad piensa en hacer muchas cosas con sus amigas, pasar horas en Instagram o TikTok —siempre y cuando tus padres te lo permitan, pero te aseguro que algunas de mis amigas lo usan igual aunque a sus padres no les guste—, aprender a maquillarse como Ariana Grande, buscar ropa como las *influencers* que hacen vídeos de baile en las redes sociales. Y puede

que incluso hablar de los chicos de la clase. Mi tía Chris es una de las personas más importantes de mi vida. Ella me ayudó a escribir este libro, a corregir mi gramática y a poner en orden mis pensamientos. Después de todo, tengo doce años y es difícil escribir un libro sola a esta edad. Tengo que empezar contando algo sobre mí.

Mi apellido es Gaiani, vine a vivir a Valencia, España, con mis padres desde Milán. Nací en Italia, pero no tengo recuerdos de Italia. En realidad, mi padre Pedro es español, de Madrid; mi madre Giulia es italiana. Se conocieron cuando papá era cocinero en un restaurante de Milán. La tía Chris, hermana de mi madre, dice que fue amor a primera vista. Mis padres son jóvenes; a mí me parecen viejos, pero tía Chris se enfada cuando digo que son viejos. Los dos tienen treinta y dos años. Mi padre no es tan guapo como los actores de las películas o los chicos que bailan en TikTok. No tenía pelo, pero ahora lo tiene porque mamá dice que se fue a un país llamado Turquía para dejárselo crecer. Tiene los ojos grises y son suyos, en el sentido de que no los ha cambiado. Yo tengo los ojos oscuros de mamá, y mamá es muy guapa. Tengo la madre más guapa del mundo. Tiene el pelo oscuro, liso y le gusta broncearse en Valencia porque hay mucho sol. Y dice que se está mejor en Valencia que en Milán porque no hay niebla, casi nunca llueve, está el mar y nunca hace tanto frío. También dice otras cosas que ahora no recuerdo.

Era muy joven cuando nos mudamos a Valencia porque papá abrió una pizzería. Se llama *Lea's Pizza*. Sí, me dedicó la pizzería a mí. Hace pizzas gourmet. Tía Chris dice que esta palabra significa que mi padre hace pizzas que poca gente sabe hacer y que todas las pizzas tienen ingredientes muy buenos y frescos. Me gustan mucho las pizzas de papá. Luego en *Lea's Pizza* hacen un helado casero muy bueno, pero no es para niños porque contiene alcohol. Ya sé que no está permitido beber alcohol, pero créeme, una vez lo probé a escondidas. Aún recuerdo lo mucho que me gustó. ¡Qué rico! Mamá y papá trabajan juntos en la pizzería. ¿Y la tía Chris? Es más joven que mamá y dice que la siguió porque son hermanas inseparables. Se quieren mucho. La tía Chris no está casada y asegura que no quiere tener hijos porque ya me tiene a mí. Yo la quiero mucho, no solo porque me corrige los libros, sino porque me ayuda con los deberes, me lleva al cine y me compra ropa bonita, ya que tía Chris era sombrerera. Su sueño es abrir una pequeña casa de modas, pero por ahora trabaja con ordenadores y dice que escribe textos para empresas. Modifica mi ropa porque me dice que tengo que ser única. Mi tía es muy parecida a mi madre, solo que está mucho más morena, se tiñe el pelo de rubio y tiene ojos verdes. Pasa muchas horas tomando el sol junto al mar y dice que por fin no necesita hacer tantos solariums como en Milán. No la entiendo, pero me asegura que algún día lo entenderé y haré

como ella. No me gusta estar al sol porque es aburrido. Quiero nadar, pero no sé nadar. Papá está muy ocupado con la pizzería todo el año y mamá le ayuda mucho. Salgo con la tía Chris cuando está libre. A ella le gusta la playa y a mí también. Tía Chris y yo tenemos mucho en común. Me entiende. Me escucha. Tiene mucho tiempo para mí y veo que mi tía me adora. Y yo la adoro a ella.

En el colegio tengo que llevar uniforme, falda y camiseta, y me veo igual que todas las niñas. Tía Chris intenta personalizarme, cosiendo mi nombre y otras cosas, porque quiere que sea única. Dice que cada niña es única. No me gusta ir a la escuela. No porque no me guste estudiar. Me gusta estudiar y se me da bastante bien, pero no me siento bien encerrada en un aula durante tantas horas. De la mañana a la tarde. Es aburrido. De mayor no sé qué quiero hacer. Los amigos de mamá y papá me lo preguntan a menudo. Mamá dice que voy a ser médico. Pero no sé lo que es ser médico. Papá quiere que sea gerente. Pero no sé lo que es ser gerente. Tía Chris dice que no debería elegir qué hacer de mayor cuando todavía soy pequeña porque muchas cosas cambian en la vida cuando crecemos.

—Tú, tía Chris, ¿lo sabías? —le pregunto porque es una guía para mí.

La tía Chris me contesta mientras se aplica el lápiz estrictamente antes que el pintalabios en el cuarto de baño de nuestro piso de la Gran Vía del Marqués del Turia.

